SEGUNDA PARTE.

LOS FUNERALES.

HONRAS FUNEBRES.

La nunca bien lamentada muerte del ilustre General MANUEL BRICEÑO, causó tan profunda impresión en Cartagena, que después del suntuoso entierro que se le hizo, la buena sociedad quedó durante muchos días sobrecogida y contristada, esperando el día de los funerales, para acabar de demostrar la profunda emoción que dominaba el pecho y derramar nuevas abundantes lágrimas. El duelo era general; y en la casa de cada patriota cartagenero se sentía algo así como el silencio sepulcral, que reina en un recinto de donde acabara de sacarse el cadáver de un querido miembro de familia.....

Aún tiembla la pluma en nuestras manos, al recordar aquellos días aciagos; y aún se humedecen nuestros ojos al convencernos de la triste realidad de la muerte del Grande Hombre, que tánta falta hará á la Patria, madre querida á la cual consagró toda su preciosa existencia.

Por eso, no bien hubo terminado el entierro de BRICEÑO, cuando la comisión encargada por los Jefes del Ejército de preparar los honores fúnebres al ilustre difunto, se reunió de nuevo, uniéndose à ella espontáneamente varios caballeros. Se trataba yá de los funerales que debían hacerse en la fecha que marcaba el primer aniversario de su muerte: se necesitaba hacer algo extraordinario, grandioso, digno de la memoria del héroe que había sucumbido en fatigosa lucha, y de Cartagena, á quien él había distinguido consagrándole su último pensamiento, glorificándola más en la Historia, que tan brillantes páginas la tiene consagradas.

La tarea no dejaba de ser ardua, vistos los pocos elementos disponibles en una ciudad pobre, que acababa de pasar por la terrible prueba de riguroso sitio. Mas por fortuna, aquí no deja de lucir el genio en todas sus manifestaciones; y por eso no fué imposible combinar y llevar á cima el noble propósito que se tenía en mira. Si faltaba el rico mármol de Carrara, el acero reluciente y otros elementos apropiados al objeto, sí contábamos con hábiles constructores, como el cartagenero adoptivo don Juan

Bautista Mainero y T.; artistas inspirados, como los Jaspes, González y Flórez; hombres activos y serviciales, como Martínez Bossio, García, Franco, Gambín, Ramírez, Zubiría (Francisco), Lecquerica, &ª.; y sobretodo, invirtiendo el orden, teníamos el decidido y eficaz apoyo de la mujer cartagenera, sensible, inteligente, delicada y llena de apasionamiento por todo lo que es noble, grande y elevado. Este ángel tutelar de la Redentora, que tánto nos consoló en nuestras desgracias, inspirándonos resignación y fuerzas para defenderla, supo comprender, desde el principio, el importante papel que la correspondía en todo lo que se relacionaba con los honores que debíamos tributar al General BRICEÑO, constante é infatigable defensor de la familia cristiana, cuya ancha y segura base es la mujer vaciada en el molde de las que en 1885, vencieron en Cartagena, con sus preces al Todo-poderoso y con el temple de su alma al más cruel y amenazador de sus enemigos. Y rara coincidencia! Todos esos elementos indispensables para la consecución del objeto deseado, se encontraban precisamente, sin faltar uno solo, en las filas de los defensores de la Legitimidad, de la Justicia y del Derecho.

El Clero de Cartagena puso también, para esta fiesta funeral, su valioso contingente; y esto no era de extrañar, porque el clero, aquí como en toda la República y en el universo entero, es y lo será siempre, defensor de la buena causa, sostenedor de las sanas ideas; nó sólo por deber, sino en cumplimiento de la ley natural de la propia conservación. Con gusto ayudó el clero de la ciudad á solemnizar el acto que describimos, porque se trataba de un hombre como el General BRICEÑO que fué, como todos lo saben y la prensa colombiana lo pregona, paladín esforzado de la Iglesia, à cuya defensa consagró las más grandiosas y nutridas concepciones de su claro entendimiento, los arranques más entusiastas de su alma cristianamente apasionada.

De más está decir, que nuestro amantísimo Prelado, secundó nuestros esfuerzos con buena voluntad, demostrando así, que si sabe ser enérgico, cuando lo exigen los intereses sagrados de la verdad cristiana, es sumamente bondadoso con sus hijos, y es el primero en exaltar á los buenos que, como el noble General BRICEÑO, han vivido con la mirada fija en el árbol sacro de la Cruz y han muerto abrazados á ese àrbol de salud.

Con tan preciosos elementos, se puso manos á la obra; y en el escaso término de 30 días pudo anunciar al público, la comisión encargada de ello (á cargo de los señores Araújo L., Grau,

O'Byrne, Gómez, Román y Hernández) en hermosos y sentidos cartelones y en invitaciones particulares, que las honras fúnebres del ilustre General MANUEL BRICEÑO, tendrían lugar el 11 de Agosto próximo pasado. Todo estaba preparado yá para esta fecha, memorable en los fastos históricos de Cartagena.

Su Señoría Ilustrísima y el Clero dispuestos á elevar sus preces al Señor por el alma del que murió en su gracia; y organizada para acompañarlos una buena orquesta, dirigida por los señores Osvaldo H. García y José María de León B.; el ejército de parada, esperando la hora de obedecer la sentida orden general en honor de BRICEÑO, dada por su Jefe de Estado Mayor (General Villa) la cual en esta parte de la *Corona fúnebre* insertamos; la Catedral séria y fúnebremente adornada, luciendo en ella el magnífico túmulo que sólo la constancia en el trabajo y el gusto ático de artistas como Luis Felipe y Generoso Jaspe, honra y prez de esta ciudad, pudieron llevar á cabo en tan pequeño intervalo; las autoridades civiles y militares, dignamente representadas por el General Villa, el doctor Fonseca Plazas, el doctor Goenaga G. &c., aguardando la hora de la solemne función religiosa; el cuerpo consular, el bello sexo y el público en general, llevando en el vestido las señales del duelo que laceraba el contristado corazón: todos esperaban que sonara la hora de ir á tributar nuevo homenaje de respeto y admiración, yá que no á la persona del grande hombre, sí á su memoria, inmortal para todo buen hijo de Colombia.

Al fin, el lúgubre són de las campanas; el ronco sonido del atambor, junto con lejanas salvas de artillería, dieron la voz de aviso: un gentío inmenso, compuesto de lo más granado de la sociedad de Cartagena, colmó el Templo, cuya descripción vamos á hacer á grandes rasgos.

Como ya hemos dicho, estaba la Catedral adornada sencilla y seriamente. El majestuoso túmulo que se construyó para honrar lo más dignamente posible, la querida memoria del benemérito General BRICEÑO, llamó la atención de un modo singular á toda la culta sociedad de Cartagena, porque en realidad fué una obra maestra, que honra á sus autores, y digna del grande objeto á que se la destinaba.

La altura del monumento, su elegancia, su majestad, el exquisito gusto que se echaba de ver en el arreglo de los menores detalles, el hermoso conjunto, en una palabra, excitaban la admiración, extasiaban la vista que menudamente examinaba lo más escondido del bello catafalco, y convidaban á la meditación y á

elevar al Todopoderoso la oración que espontáneamente salía del alma conmovida.

Tenía el túmulo cincuenta piés de elevación. Constaba de cuatro cuerpos. La base estaba constituida por tres muy elegantes gradas que apenas si se distinguían á causa del gran número de ricas y vistosas coronas de flores artificiales que las matronas y señoritas cartageneras hicieron con sumo gusto y delicadeza, gastando sin medida el terciopelo, el raso y otras materias de costoso valor, apropiadas al objeto. Fueron las coronas una de las ofrendas ostensibles que hicieron las nobles y espirituales cartageneras al General BRICEÑO; y por eso se leía en una de las columnas próximas al túmulo, esta muy expresiva inscripción: "*El bello sexo de Cartagena rinde homenaje de admiración y reconocimiento á la memoria del ínclito General MANUEL BRICEÑO y deposita sobre su sepulcro coronas regadas con sus lágrimas, para honrar sus cenizas.*" No puede decirse cuál de esas coronas era más linda, de màs gusto; aunque justo es consignar, que mereció lugar preferente, por su rareza y esplendor, la trabajada por las hábiles manos de la señora doña Concepción Jiménez de Araújo. Sigamos con el túmulo.

Las tres gradas mencionadas de la base, estaban cubiertas por una alfombra negra, adornada con galones y borlas de plata. Sobre el último peldaño de aquéllas, se hallaba un cojín de terciopelo negro, adornado, como la alfombra sobre que descansaba, con galones y borlas, también de plata. Observábase sobre el cojín, la espada y el sombrero de tres picos, de General de la República. A un lado una escribanía de plata, plumas y rollos de papel, símbolos del tribuno, del periodista y del escritor. Al lado opuesto se veía un hermoso libro abierto, en cuyas páginas se leía. "*Por su Dios, por su Patria y su Derecho, luchó BRICEÑO hasta morir*": trinidad sublime que siempre inspiró su alma generosa.

Las faces del túmulo no estaban llenas de inscripciones, como generalmente acontece, sino que solamente en la parte anterior, se veían estas dos, en caracteres legibles á larga distancia; y simulando letras al relieve, escritas en mármol:

"*Sólo una cosa os pido: que mi cadáver sea trasladado á Cartagena y sepultado en su hospitalario suelo. Quiero que ella vea que mi último suspiro le ha sido dedicado, como prueba del entraña-*

ble amor que há tiempo le profeso y de las aspiraciones de mi alma que la admira."

Calamar, 11 *de Julio de* 1885.

MANUEL BRICEÑO.

"En esta modesta aspiración, BRICEÑO midió todo el caudal de su gloria. Quiso y ha conseguido dormir bajo el arrullo tempestuoso del mar Caribe, cuya inquietud nos recuerda el fuego de su carácter, y puso su tumba bajo las altas palmeras de la ciudad Redentora, que como él sabe luchar y morir, pero sin rendirse nunca."

Cartagena, 11 *de Agosto de* 1885.

La primera inscripción, son las palabras que profirió el General BRICEÑO, casi al morir, en el campamento de Calamar. La segunda, es tomada de una preciosa necrología, que á nuestro héroe dedicaron los Jefes y Oficiales del Ejército del Atlántico; obra sin duda de inspirado vate. Ambas son hermosas y significativas.

Veíase también una bella estatua, que parecía de mármol, representando á Colombia. De pié y en actitud llena de majestad, el rostro vuelto hácia la derecha, sostenía con la mano izquierda el extremo de una gasa fúnebre, cuyo otro extremo cubría á medias un óvalo que encerraba el retrato, de tamaño natural, del ilustre General; obra también del inspirado artista señor Luis F. Jaspe. (*) Circundaba el óvalo un laurel de raso del cual pendía una tarjeta con estas palabras: "La juventud cartagenera, al abnegado defensor del verdadero principio republicano." El brazo derecho de la estatua, gravemente tendido, sostenía un laurel imitación de mármol blanco, en ademán de coronar la frente del noble mártir. Algo más arriba, en el cuarto cuerpo, se veía el monograma formado con las iniciales del nombre del ilustre difunto. Este monograma estaba rodeado por un laurel atado con una cinta; imitación uno y otra de relieve en el granito.

Coronaba el suntuoso monumento una elegantísima capilla de orden gótico, que terminaba con una cruz, de orden gótico también. La capilla contenía la urna cineraria. No parecía sino

(*) **Tanto este retrato como las coronas, han sido obsequiadas á las señoras madre y viuda del General BRICEÑO, en nombre de la buena sociedad de Cartagena.**

que el espíritu que animó aquellas cenizas, que la urna simulaba contener, volaba en busca de la alma cruz, para allí gozar de las dulzuras del celeste amor y del bién que nunca acaba.

Un negro pabellón pendía de la alta bóveda de la Catedral; y los cuatro festones que lo componían, iban á terminar en las cuatro columnas del templo, más próximas al túmulo; de suerte que éste quedaba como cobijado por aquél; adorno que realzaba mucho el monumento.

La decoración final del catafalco estaba constituida por cañoncitos de madera, que parecían de bronce, con todos sus enseres; rifles en pabellones, pilas de balas &.ª &.ª; todo lo cual se hallaba al pié del monumento.

El precioso y marmóreo púlpito y las columnas de la Catedral, se adornaron convenientemente con cintas, pendones y coronas; así que el arreglo general, armonizaba perfectamente con la austera y majestuosa belleza del túmulo. En esos pendones negros, estaban impresas bellísimas inscripciones, llenas de fuego, inteligencia y amor, que no podemos dejar de publicar al concluir esta nuestra humilde ofrenda al patriota y al amigo, porque aquéllas más que nuestra pobre pluma, sintetizan lo que él fué en vida y lo que ha merecido y seguirá mereciendo después de su muerte.

Una guardia de honor rodeaba el túmulo, que iluminado por más de cien candelabros de puro cristal, presentaba un aspecto imponente; á la vez que en el coro, las angelicales voces de dos tiernas niñas, Adelina García y Rafaela Colombo, entonaban la oración de los muertos.

El señor Cura de la Catedral, doctor Francisco de Sotomayor, oficiaba la misa, acompañado de todo el Clero de la ciudad, á causa de no haber podido hacerlo, como lo deseaba, nuestro amantísimo Prelado, Ilustrísimo doctor Eugenio Biffi, recién salido de cruel y penosa enfermedad

Sinembargo de esto, nuestro santo Obispo no quiso dejar de solemnizar con su presencia las honras fúnebres del General BRICEÑO; y lo hizo, no sólo asistiendo á ellas, arrodillado bajo el solio, dirigiendo al Cielo ferviente plegaria, sino ocupando la cátedra sagrada, después de terminados los oficios. Allí se presentó su Señoría, pálido el rostro por sus recientes sufrimientos; pero animado por la emoción de que era presa su alma, y dejó correr torrentes de elocuencia, que hicieron el cristiano panegírico del hijo dilecto de la Iglesia, mejor que si lo hubiera

hecho uno de los màs afamados oradores de Colombia. ¡Qué presencia tan venerable, tan simpática y llena de unción! ¡Qué voz tan vibrante y conmovedora! ¡Qué locuciones tan grandilocuentes y correctas! Ah! Si alguna vez hubiéramos dudado que la voz del Espíritu Santo se deja oir bajo la Cátedra sagrada, por medio de los escogidos ministros del altar, el 11 de Agosto, al derramar abundantes lágrimas, dominado nuestro espíritu por las más profundas emociones escuchando la voz del Ilustrísimo doctor Eugenio Biffi, nos hubiéramos postrado ante el Señor reconociendo aquel misterio! En la oración fúnebre de Su Señoría, no hay nada de más ni de menos: nada que traspase los límites del severo ministerio que él ejerce. Por eso sin duda mereció que el Visitador Fiscal de las Aduanas del Atlántico, como Agente del Gobierno nacional, ordenara su publicación, en folleto nítidamente impreso. Más tarde, el Presidente de la República, ha probado cuánto estima los méritos del eminentísimo Pastor de nuestra grey, expidiendo un acto de reconocimiento en su favor, que á la par que ha cubierto más de gloria al actual primer Magistrado de la Nación, lo ha hecho ganar más y más en el corazón de los buenos hijos de Bolívar!

Con la oración fúnebre, terminaron los funerales; y la inmensa concurrencia que colmaba el templo, meditabunda salió de él, no sin dirigir antes la última mirada á la imagen querida del patriota por quien tánto se había orado. Parecía que se trataba de infundirle nueva vida!

La póstuma ovación que acababa de hacerse al General BRICEÑO, no podía ser más espléndida; pero no contentos con esto los cartageneros, desbordaron nuevamente sus sentimientos templando los poetas su cadenciosa lira. Sus acordes sones habían faltado en el lúgubre concierto de tristes lamentaciones por la irreparable pérdida del patriota y del amigo. (1)

Pero ¿quién, en la Nación entera, no ha sentido esa pérdida? Los mismos adversarios de BRICEÑO, y áun aquellos que parecían ser sus enemigos personales, han hecho cumplida justicia á su memoria inmaculada. Aquí mismo en Bolívar, donde tal vez las pasiones han estado más enardecidas que en parte alguna de la República, se han emitido, por adversario político de BRICEÑO, estos notables conceptos:

"Se ha dicho que BRICEÑO fué un genio. Si tener un gran carácter y *ser siempre el campeón de la justicia ultrajada y*

(1) A continuación verán nuestros lectores dos sentidas composiciones en verso, obra de los señores Francisco de P. Alandete y Manuel Pájaro H.

☞ EL CENTINELA DE LAS LIBERTADES PATRIAS, forma el distintivo de los grandes hombres, BRICEÑO lo fué en alto grado." (1)

No puede haber mayor apoteosis! Y mucho más en boca de un adversario; por más que éste con su franca confesión, pruebe serlo leal y caballero.

La tumba de BRICEÑO permanece aún regada con lágrimas y flores; y lo será mientras Cartagena conserve el privilegio de guardar en su seno sus reliquias venerandas: precioso talismán que nos servirá para retemplar nuestra alma, recordando sublimes enseñanzas. Allá iremos en peregrinación todos los años; y tomaremos nuevo aliento en su espíritu inmortal, para continuar en el combate de la vida!

Dichosos nosotros, si al fin podemos decirle: "Amigo nuestro: tu sacrificio no ha sido estéril. El holocausto de tu vida, fué necesario para salvar la Patria, yà que desde que vino al mundo el Hombre-Dios, la sangre de un mártir inocente tiene que correr, para salvar las grandes causas. Mas duerme tranquilo: yá hoy la Libertad, por la cual luchaste, no es furiosa bacanal, que desgreñado el cabello, se pasea, puñal en mano, por calles y plazas, hollando los principios de la moral y de la ley. Yá no somos ilotas en la tierra que redimieron nuestros padres con su sangre. La República cristiana, á cuyo sólido establecimiento contribuiste con tu pluma de oro y con tu espada refulgente, y á la cual sacrificaste últimamente tu preciosa existencia, está definitivamenta consolidadada. Descansa, pues, tranquilamente, noble campeón de la "Libertad en la Justicia; goza de las fruiciones celestiales que mereces por tus grandes virtudes; mientras tu nombre pasa, lleno de gloria, á la posteridad."

SIMON J. VELEZ.

Cartagena, Octubre de 1885.

(1) S. Galofre.—"A la memoria de MANUEL BRICEÑO."

PENSAMIENTOS

escritos por el Sr. Dr. D. M. Araújo para los pendones que adornaban las columnas de la Catedral.

RELIGION.

"El mundo, la patria, la familia, y yo": dijo un ilustre sabio de la edad de Luis XIV; hombre que, por sus obras, supo atraerse la admiración de todos.—BRICEÑO corrigió: "Dios, la humanidad, la patria y la familia: yo no pienso en mí. La Religión es lo primero: el egoismo es un delito."

PATRIA.

El celo de BRICEÑO por la dignidad de la República, su empeño por sus progresos, su conato por sus glorias,—sólo rindieron parias á las del inmortal Simón Bolívar.—Si BRICEÑO hubiera vivido en los tiempos del ilustre héroe, sin duda habría figurado entre sus más distinguidos conmilitones.

HONOR.

El honor, feliz resultado del cumplimiento de los deberes, tenía una base inmovible en el corazón del General BRICEÑO. —El romano que se dejó quemar para salvar la vida de otros romanos, y el español que obtuvo en Tarifa el distinguido epíteto de "El Bueno,"—lo habrían contado entre sus rivales, mirándolo con envidia.

FAMILIA.

Al morir Emigdio Briceño, lloró sobre su familia: creyó que la abandonaba, que la dejaba huérfana y sin recursos. Miró á un hijo suyo de pequeña edad; penetró en su corazón; adivinó sus dotes; dirigió gozoso una mirada al Cielo; y con faz radiante

y serena, dejó volar su alma á la morada de los justos.—El hijo cumplió su deber, más allá de las esperanzas del padre. Fué nuestro amigo el General BRIBEÑO.

AMISTAD.

Aquel que ama á la humanidad hasta sentirse dispuesto á sacrificarse por ella, debe gozar del afecto puro que enlaza á las almas que se comprenden y estiman.—Por eso no debe extrañarse que todos amaran al General BRICEÑO, áun los afiliados en opuestos bandos; ni que á todos amara el General BRICEÑO con el fuego vivo de su corazón ardiente.

CIENCIAS.

Para hacer el bién no basta el corazón: se necesita un prudente estudio, para el desarrollo de la inteligencia.—Así lo entendió BRICEÑO; y cultivó las ciencias con ahinco; y se puso en aptitud de defender la patria, de proteger al desvalido, de acercarse á Dios;—nó como el idiota que obra por instinto, sino como el sabio que saca provecho, para sí y para los otros, de los conocimientos que posee.

CIVILIZACION.

¿Qué utilidad producirían las ciencias, sin el trato decente y las maneras obsequiosas?—El sacerdote es austero sin dejar de ser humilde; el magistrado es severo. sin dejar de ser culto; el militar es valiente sin dejar de ser fino: porque el valor y la cultura se aunan fácilmente, como se aunaron en BRICEÑO por educación y por carácter.

VALOR.

El honor infunde valor, para cumplir los mandatos que la sociedad impone.—Pero el valor del General BRICEÑO no era sólo el de la honradez. El era resuelto, temerario á veces, cuando el deber lo instigaba y la necesidad lo impelía; arrostra-

ba los peligro sin jamás trepidar; y se lanzaba contra ellos con ardor creciente; imponiendo severo, á todo su sér, la ley soberana de su voluntad de hierro.

PENSAMIENTOS

escritos por el Sr. Dr. Manuel Pájaro H., para los pendones que adornaban las columnas de la Catedral.

Nació el General MANUEL BRICEÑO el 8 de Julio de 1849 en Bogotá. Murió el 11 de Julio de 1885 en las inmediaciones de Cartagena.

El bello sexo de Cartagena, rinde homenaje de admiración y agradecimiento á la memoria del ínclito General MANUEL BRICEÑO; y deposita sobre su sepulcro coronas regadas con sus lágrimas, para honrar sus cenizas.

La juventud cartagenera admira las cívicas virtudes y reconoce los altos méritos del preínclito General MANUEL BRICEÑO: ante tan noble figura, se inclina reverente.

Honor insigne al General MANUEL BRICEÑO, varón ilustre de su patria, y paladín esforzado de la santa Religión de Cristo.

Tu figura moral fué vaciada en el molde de los patriotas antiguos: tuviste el valor y la constancia del romano: amaste la libertad con el sacro amor del gran Epaminondas.

La felicidad de la Patria fué el noble ideal de tus grandes

pensamientos. Tus compatriotas agradecidos veneran tu memoria.

La musa de la Historia inscribe tu nombre, con buril de fuego, en el monumento que consagra á los inmortales.

---

8 de Julio de 1849.—11 de Julio de 1885: viva representación de los dos extremos de una vida corta pero abrumada de méritos.

NACIÓ con las dotes de los grandes hombres. VIVIÓ respirando amor por su numerosa familia y por su patria. MURIÓ en los brazos de Colombia, por servirla con eximio patriotismo y rara abnegación. El recuerdo de su interesante vida será imperecedero en la memoria de sus compatriotas. Su figura histórica, levantada sobre el alto pedestal de sus hechos, pertenece á la posteridad.

Cartagena se enorgullece con el depósito de sus antiguas y recientes glorias, para presentarlo como digna ofrenda al preclaro Adalid que en defensa de sus sagrados muros, voló de apartada región para á su turno ofrendarla su preciosa vida.

VERSOS

de la corona que la Sita. Dolores J. Calvo, colocó al pié del catafalco.

A BRICEÑO.

Al recio empuje de huracán violento
La fuerte encina se estremece y cae;

Al rudo golpe de traidora Muerte
Tu preciosa existencia se deshace....

Ella dejó sobre la verde alfombra
Las frescas hojas que arrebata el aire
Y que á la altura revolando lleva
Como un enjambre de espantadas aves.

Tú también, al morir, como la encina,
De tus virtudes el aroma esparces,
Y á tu recuerdo el corazón tan sólo
Sabe ofrecerte flores y llorarte!....

Cartagena, Agosto de 1885.

VERSOS

de la corona que la Sra. Isabel Del Rio de Vélez, colocó al pié del catafalco.

A BRICEÑO.

Mar de Atlante, é invicta Cartagena,
A tu seno y al soplo de tu brisa
Nace hoy en vegetación amena
Un ciprés, que crece y simboliza
El genio, la virtud, y áun el talento:
La noble juventud siga su ejemplo.

Cartagena, Agosto de 1885.

(*Dia del funeral.*)

VERSOS

de la corona que la Srita. Odavia Hernández M., colocó al pié del catafalco.

AL GENERAL BRICEÑO.

—EN LA ETERNIDAD.—

(*Homenaje de condolencia á su venerable Madre.*)

Colombia llora con amargo llanto
Vuestra muerte fatal y prematura;
Pero la FE CRISTIANA, escudo santo
Contra toda terrena desventura,
Nos dice que gozais el dulce encanto
De una vida mejor, tranquila y pura,
Que siempre A LA VIRTUD están abiertas
Del Paraíso las doradas puertas.

Agosto 11—1885.

VERSOS

de la corona que la Sra. Sixta Hernández de Araújo, colocó al pié del catafalco.

A BRICEÑO.

Llora Colombia á este hijo entristecida,
Y Cartagena recoge sus sollozos,
Suspende sus cantares y sus gozos
Ante tan cruel ó inesperada herida.

¿Por qué la parca cruel y homicida
Lo detuvo en el camino de la gloria?
Hízolo sí, mas Dios y nuestra historia
Le premian sus virtudes y su vida.

Agosto 11—1855.

ORACION FUNERBE

pronunciada el dia de las Honras por el Ilustrísimo Sr. Obispo de la Diocesis, Dr. Eugenio Biffi.

Delante de un féretro que encierra los despojos mortales de un grande hombre, callan los partidos, y las divergencias de opiniones enmudecen: el verdadero patriota se detiene pensativo en frente del ataúd, y, lanzando un suspiro, exclama: hé aquí una pérdida fatal, una desgracia común! Ah! es la patria la que sufre, es Colombia la que gime, es una madre la que siente desgarrar su seno,—y con el rostro bañado en lágrimas, nos señala la tumba, y nos convida á todos para que, en derredor suyo, lloremos é imitemos tan altos ejemplos! ¡Oh BRICEÑO! ¡Quién nos hubiera dicho, cuando hace pocos días tuvimos la dicha de conocerte por primera vez; cuando, en lo mejor de la vida, con tu mirada llena de inspiración, con tu fácil palabra, con la nobleza de tus sentimientos, con la hilaridad de tu conversación, arrebatabas nuestros corazones: quién nos hubiera dicho, que tu astro estaba yá al ponerse,—mientras, radiante de esplendor y de gloria, aparecía por el oriente! Pero aquel Dios, cuyos juicios son inexcrutables, te tenía yá señalado un puesto de honor en el Cielo; y ¿quiénes somos nosotros, pobres mortales, para quejarnos de las disposiciones del Altísimo, y para querer detenerte en este valle de lágrimas, á llorar y sufrir con nosotros,—á ti que yá conseguías el premio debido á tus grandes virtudes? Sí, sube, sube, BRICEÑO, á gozar el bién que has merecido: nosotros, al rededor de tu tumba, meditarémos sobre las lecciones sublimes que nos has dejado,—y nos esforzaremos en seguir, aunque de lejos, tus pisadas.

La vida del General BRICEÑO es muy fecunda en brillantes episodios, y se presta muy fácilmente á la tarea de quien em-

Prenda hacer su elogio. Mirádlo, por ejemplo, muy joven todavía: recibe repentinamente la noticia de la muerte de su padre, y se ve convertido en el único sostén de una numerosa familia, enteramente desamparada: cerca de 40 vidas preciosas dependen de él, y de él han de recibir el pan de cada día! ¡Situación capaz de agobiar al hombre más valiente! Pero BRICEÑO es incapaz de amilanarse! No creais que él buscará protección, ó que, valiéndose de los servicios de su padre, pedirá un pan á la Patria, una colocación lucrativa, un empleo: su alma desdeñosa rechaza todo esto; ni siquiera tiende la mano al amigo, que se habría creido dichoso en ayudarlo; nó,—él se basta á sí mismo; las mismas dificultades le dan aliento; cuanto más grande es la lucha, más grande es su valor; su mente se agita, su ingenio se multiplica, su cuerpo no descansa; su mano, su talento, su pluma, con una energía casi milagrosa, á todo alcanzan, á todo proveen! Ejemplo noble, que se aparta de la turba de los que, como plantas parasitas, quieren vivir apoyados al tronco de la madre Patria, ambicionando honores y empleos! BRICEÑO tiene vida propia, amor al trabajo, espíritu independiente:—paréceme verlo empuñar el timón del frágil bajel que lo lleva; mirar sereno y tranquilo las gigantescas olas que amenazan envolverlo; y confiado en la fuerza de su brazo, en la energía de su voluntad, y, más que todo, en la Providencia, cuya existencia reconoce,—no duda, siquiera un instante, que llegará al puerto de salvación! Estos son ciudadanos ejemplares, ciudadanos modelos, ciudadanos beneméritos de su Patria! ¡Cuánto podría decirse de lo que él hizo en favor de su tierra, por medio de su pluma y de su talento; analizando algunas de las obras que él dejó escritas, y mostrando cómo en ellas el pensamiento, la idea que lo dominaba, no era sino un acrisolado amor á Colombia, y un deseo vehemente de verla próspera y feliz! ¿Y qué podríamos decir del noble ejemplo de amor patrio, que él desplegó, cuando esta patria necesitaba sacrificios materiales, sacrificios de afectos de familia, de bienes, de salud y de vida? No es, notádlo bien; no es la voz de un partido la que lo llama; nó: es la voz de aquel á quien la gran mayoría de los colombianos ha colocado al frente del Gobierno; es, pues, la voz de la Patria, que le pide el servicio de su espada; y él, siempre dispuesto á dar su vida por esta patria querida, no vacila un momento; y á la cabeza de la División, recorre, con la velocidad del relámpago, á Boyacá, Cundinamarca, Tolima y Antioquia, sigue las pisadas de los primeros conquistadores por 300 leguas de caminos ásperos, desier-

tos, mortíferos! El cuerpo es frágil, pero el espíritu es fuerte: llega la enfermedad,—no importa: adelante!—Oye, desde lejos, los clamores de la Heróica, que, sin desmayar, se debate entre un anillo de hierro y de fuego; anhela correr en su auxilio; apresura la marcha; es el primero que pisa este Estado; el primero que llega á Cartagena.—la cual, si yá está libre lo debe, sin duda, al valor de sus defensores;pero nosotros somos los primeros en reconocer, que fué la nube de polvo que levantaban las valerosas legiones nacionales que, á paso de carga venían trayendo la tempestad, lo que precipitó el ataque, la derrota y la pronta retirada de los sitiadores. Mil otras cosas podrían decirse en elogio de BRICEÑO; pero queden para otras plumas menos prosaicas y más competentes que la mía: para mí, como sacerdote, hay otro punto sobre el cual debo espaciarme,-y es el espíritu eminentemente cristiano, que resplandeció en toda la vida del ilustre General.

Es una de las astucias del incrédulo, para atraerse prosélitos, el decir que la Religión es el patrimonio de la ignorancia, y que el progreso ha minado los cimientos de lo sobrenatural. Proposición es esta que, si no es en sí misma fruto de la más crasa ignorancia,—es, á no dudarlo, fruto de una mala fe sin ejemplo. Qué!—¿ la Religión es el patrimonio de la ignorancia?—¿ Llamaremos, pues, ignorantes, á tántos astrónomos cristianos, que desde el Canónigo Copérnico, que da su nombre al actual sistema planetario, hasta el Padre Secchi, lumbrera de la astronomía del siglo, han enriquecido la ciencia con sus cálculos y descubrimientos?—¿ Llamaremos, pues, ignorantes, á tántos físicos, desde Volta, que nos hace palpar la existencia del flúido eléctrico, y que no juzgaba indigno de su talento el enseñar la doctrina cristiana á los niños,—hasta una legión de insignes y cristianos cultivadores de las ciencias exactas, en cuyo número figuran noblemente sacerdotes y Obispos?—¿ Han sido, pues, ignorantes, tántos insignes escultores cristianos, que honraron las artes, desde el inmortal Miguel Angel hasta el ilustre Canova?—¿ Han sido, pues, ignorantes, en la pintura, desde el inimitable Rafael Sanzio, que muere confortado por la bendición y por la presencia del Soberano Pontífice, hasta Leonardo da Vinci, y tántos otros que en la Historia Sagrada hallaron la inspiración que los hizo inmortales?—¿ Ignorantes, pues, habrán sido, desde el Angel de las Escuelas, Santo Tomás, hasta los Augustos Nicolases, los Moignos, los Bergiers, y tántos otros que, con su lógica inexorable, hicieron doblegar la frente á la incredulidad más desvergonza-

da?—¿Ignorantes habrán sido, desde el monje Güido d' Arezzo, que inventa las notas musicales, hasta los Palestrinos, los Marcelos, los Mercadantes,—hasta Rossini, que compone llorando su maravilloso Miserere,—hasta el abate Listz, primer pianista del siglo?—¿Ignorantes en el arte militar, habrán sido un príncipe Eugenio de Saboya, terror de los turcos, que hacía arrodillar su ejército al principiar una batalla; y tántos otros Generales verdaderamente católicos, hasta Napoleón 1.°, que repara los pasados errores con una vida ejemplar, y muere confortado por los Sacramentos de la Iglesia y lleno de fe?—Pero, ¿para qué perder tiempo en citas?—Ven tú, oh BRICEÑO! y enseña á tus compatriotas cómo la ciencia se hermana bien con la Religión.—¿Quién es BRICEÑO?—Yo no exagero: sois vosotros mismos quienes reconoceis en BRICEÑO, un ingenio brillante, una erudición profunda, una lógica invencible, y que lo declarais honra y lustre de las letras colombianas: y yo, no lo dudo; pues bastóme haberlo tratado por una hora, para convencerme de que él no era un hombre común. Este valiente y esforzado General, este escritor brillante, este ilustre publicista, este varón cuyo ingenio abarcaba grandes cosas,—BRICEÑO, digo,—era un hombre de sentimientos eminentemente cristianos y católicos. El principio que él ha sostenido, en la palestra de la prensa, en la tribuna y en sus conversaciones privadas, es éste: "la sociedad no puede prosperar ni ser feliz, si no se apoya en la Religión." No vacilo en declarar que este principio es la verdad. Y no creo que pueda haber persona, de cualquiera partido que sea, que no reconozca que jamás podrá haber respeto recíproco, ni obediencia á las leyes, ni moralidad, si se niega á Dios, que es la fuente de toda obligación y de toda moral. A lo menos, esta verdad es tan antigua como el mundo, y cuenta con el sufragio de los hombres más sabios de la antigüedad y de todos los tiempos. Los más antiguos filósofos, como Pitágoras y sus discípulos, consideraron la Religión como el primer deber del hombre, como el principio de la sabiduría y la perfección de la filosofía—Cicerón, como orador y magistrado, prescribe la Religión, y hace de ella un deber esencial del ciudadano; y toda persona medianamente instruida conoce el dicho de Platón: "hallaránse pueblos sin ciudades, sin magistrados, sin escuelas, pero jamás sin Religión." Y hablando de los modernos, fácilmente me dispensareis el no nombrarlos,—porque, desde Napoleón el grande, que decía—"mi primer deber es el de impedir que se envenene "la moral de mi pueblo, pues el ateísmo es el destructor de toda

"moral, si nó en los individuos, á lo menos en las naciones",—hasta Tits William, que declaraba imposible una perfecta sociedad que no estuviera cimentada en la Religión. Volúmenes podrían formarse con las declaraciones de todos los sabios, respecto de la necesidad de la Religión para la existencia de la sociedad. No hay duda: en lo antiguo y en lo moderno, todos cuantos han merecido verdaderamente el título de sabios, dan la mano á nuestro BRICEÑO, y proclaman á una sola voz que lo que este sostuvo es la verdad. Pero tú, oh ilustre BRICEÑO! tienes un mérito particular, en haber expuesto, sostenido y probado este principio; y es que tú lo hiciste en un siglo incrédulo, cuando la atmósfera estaba saturada de sarcasmo contra toda idea sobrenatural,—cuando esta profesión debía atraerte odio y persecución: y sin embargo, firme en tus principios, te levantaste,—y, nuevo Horacio Coclés, te dispusiste á defender tú solo la entrada de Roma contra todo el ejército de Porsena,—y miraste con santo desdén las mofas de los destructores de la Religión diciéndoles: "no es con risas como se abate un edificio que tiene 19 siglos de existencia!". Sin embargo, creédmelo; esto no es todavía lo que, para la Iglesia, forma la mayor gloria del ilustre General BRICEÑO. En la sociedad no faltan hombres que sólo tienen para la Religión palabras de encomio, y que aunque la juzgan necesaria, indispensable, para el bién de los pueblos,—desgraciadamente allí se quedan, sin dar un paso más adelante. Pero BRICEÑO, es con las obras, es con su conducta, como se muestra cristiano. El es hombre de fe; las alabanzas con que él ensalza la Religión, no son sino el fruto de una convicción profunda, de una voluntad decidida; son el reflejo de sus obras: en una palabra, él no es de aquellos que dicen "Señor, Señor",—sino de aquellos que cumplen con la voluntad del Padre que está en los Cielos. ¡Cuántos hay, hijos míos muy amados, que aseguran ser católicos sinceros, pero no hacen caso de lo que manda la Iglesia, Maestra infalible de verdad! Ay! la reconocen como Madre, pero le niegan una filial sumisión y obediencia. La Iglesia los llama al Santo Sacrificio en los días festivos, pero el banco de los negocios los entretiene. El Sacerdote de Dios se cansa, inútilmente, en la cuaresma, de llamarlos á una humilde confesión: en vano les recuerda al Cordero inmaculado que, escondido bajo las especies sacramentales, anhela entrar en sus corazones, para llenarlos de Fe y de Caridad! Ah! Dios mío: ¡qué aflicción para un Pastor que ama á sus ovejas! Por eso, mi alma rebosa de satisfacción, se llena de entusiasmo y res-

peto, delante de este noble varón, delante de un BRICEÑO: por esto, y muy particularmente por esto, no he vacilado en abrir mi boca, para hacer, aunque pobremente, un elogio; sí, porque tu conducta, oh ilustre General, fué la de un verdadero cristiano! Mirádlo con qué compunción asiste al Sacrificio incruento; mirádlo con qué humildad se postra á los piés de un confesor; con qué entusiasmo y fervor se acerca á la mesa de los Angeles! Oh! él lleva su frente elevada, y dice con San Pablo: "*No quiero gloriarme en otra cosa sino en la Cruz de mi Señor Jesucristo: non erubesco Evangelium, no tengo vergüenza de profesar el Evangelio*"; y si por acaso esto le atrae críticas y sinsabores, le sucede lo mismo que á los Apóstoles que salían del Sanhedrin, *gaudentes*, llenos de gozo, por haber sido reputados dignos de sufrir por el nombre de Cristo. Que otros, pues, ensalcen en BRICEÑO, el noble ingenio, su profunda erudición, su pericia militar, su valor á toda prueba: bien lo merece; pero, para mí, no hay gloria mayor que la de haberse manifestado, de palabras y de obras, verdadero cristiano; y esto, esto sólo, es lo que, en la inmensa desgracia que sufrimos, nos da fortaleza y consuelo, pues sabemos que son bienaventurados los que mueren en el Señor, y que, aunque parezcan morir á los ojos de los hombres, ellos están sin embargo en la paz y en el gozo eterno. Sí, BRICEÑO; tú vives en el Cielo: allá te abrazaremos de nuevo, para nunca separarnos: hé aquí nuestra esperanza; hé aquí nuestro consuelo. Oh! afortunada aquella tierra que puede numerar entre sus hijos á muchos como tú, pues el buen olor de las obras se esparce por doquiera, y fecundiza en el corazón humano los principios de Religión y de moralidad! Me han asegurado testigos oculares, que se les llenaba el corazón de júbilo, al ver el buen comportamiento de las valerosas tropas nacionales, su recogimiento y su piedad en la Iglesia, y la devoción con que se acercaban á los Sacramentos. Ah! he dicho yo: "hé aquí el efecto del buen ejemplo de los Jefes! Que Dios los bendiga, los proteja y los conserve!"

Ah! Colombia, patria mía adoptiva! cuánto deseo tu prosperidad y dicha! Con cuánto gusto daría yo mi vida, por verte feliz, pero al mismo tiempo verdadera y decididamente cristiana! Sí, cristiana, porque BRICEÑO lo ha declarado: "no hay sociedad que pueda ser feliz, si no estriba en la Religión"; y todo el mundo, desde el Oriente hasta el Occidente, del Norte al Mediodía, todos contestan, "así es en realidad". En muchas de las necrologías que he leido en estos días, en las cuales se tri-

butaron merecidos elogios á BRICEÑO, he observado con placer que se ha repetido este mismo pensamiento: *nosotros seguiremos tus pisadas.* Bien; sed fieles á vuestras promesas,—pero atendéd bien, que no podreis decir que seguís las pisadas de BRICEÑO, sino cuando, con un esfuerzo generoso, digais *somos cristianos católicos*, y nó de palabra, sino de obra; cumpliendo con lo que nuestra Santa Religión nos impone, y seguros de que ella no nos impone otro deber que el de ser hombres de honor y cristianos. La Iglesia no tiene bandera política: ella se acomoda á toda clase de gobierno, con tal que sus hijos no tengan vergüenza de llevar la Cruz de Jesucristo, y de amarla á ella y obedecerla, como un hijo ama y obedece á su Madre.

Oh! sombra grata y benigna de BRICEÑO!: si tu noble ejemplo produjera esta victoria en el corazón de tus compatriotas, yo estoy seguro de que tú la apreciarías en más que todas las victorias que hubieras podido conseguir en los campos de batalla! Sí; porque esta victoria cristiana conduciría, sin duda, á la unión de los ánimos, á la perfecta Caridad, á la concordia y á la paz; y con ésta, verías á tu patria próspera y feliz,—lo cual fué siempre tu ideal y tu esperanza. Ah! yo estoy seguro de que tu último suspiro en esta vida mortal, fué un deseo de paz y tranquilidad para tu patria; yo no dudo que tú ofreciste tu vida al Altísimo, como holocausto para que Él se apiadara de tus compatriotas, y los uniera, y los amoldara en un corazón solo, y borrara para siempre las divisiones que los concluyen y aniquilan. En fin, tú has querido que tus restos durmieran á la sombra de la ciudad heróica. Leéd sus palabras: "Sólo una cosa os pido: que mi cadáver sea trasladado á Cartagena y sepultado en su hospitalario suelo. Quiero que ella vea que mi último suspiro le ha sido dedicado como una prueba del entrañable amor que há tiempo le profeso y de las aspiraciones de mi alma que la admira."

Ah, BRICEÑO! este voto de tu corazón enterneció el nuestro, hasta arrancarnos lágrimas. Sí; aquí reposarán, y nosotros tendremos orgullo en poseerlos, y velaremos sobre tu tumba, como sobre la tumba de un Padre. Por mi parte, si Dios no me concede unirme pronto contigo, te prometo ofrecer, cada año, en este día, el Santo Sacrificio del Altar, para el descanso de tu alma, para el consuelo de tu noble familia, para que Dios derrame sobre ella todas las bendiciones que tú le deseas,—y por

esta patria querida, que ansia ver cumplidos tus votos, y establecido en ella el imperio de la Concordia, de la Paz y de la Religión.

AMEN.

OFRENDA DE DOLOR

A la memoria del ilustre General don

MANUEL BRICEÑO

De Colombia en el ámbito anchuroso
Tristes resuenan voces de lamento,
Y lágrimas se vierten á raudales,
Y angustia dolorosa agobia el pecho.

¿Porqué tánto dolor y pena tánta?
¿Qué produce en el alma tánto duelo?
¿Qué desgracia funesta, qué desastre,
Perturban nuestro sér de modo fiero?

¡Oh inmenso pesar para la Patria!
El espíritu noble de BRICEÑO
Ha volado á regiones do se goza
De la dicha que ofrece el Bién Supremo.

Mas en tanto Colombia gime y sufre
Por la ausencia de un hijo tan dilecto,
Que honor la procuraba y justo orgullo
Con su grande virtud y claros hechos.

Ayer no más gozaba de ventura
Los caminos del bién siempre siguiendo,
Lidiando por el triunfo de una idea
Que con vigor sostuvo y con talento.

Incansable adalid en la contienda,
Grandioso y sin rival en el esfuerzo,
Iba delante en las ardientes luchas
Siempre mostrando singular denuedo.

Oh! sí! Tú fuiste, digno Ciudadano,
Fuerte sostén de tu querido suelo,
Tú luchaste cual luchan los gigantes,
Las batallas ganaste de los buenos.

Con tu pluma de oro estremeciste
Más de una vez el corazón del pueblo
Dándole el pan de la verdad grandiosa
Imitando de Cristo los ejemplos.

Esa pluma discreta y elocuente,
De Colombia sostuvo los derechos,
Combatió del error el mal influjo
De la verdad volviendo por los fueros....

Enmudeció esa pluma tan fecunda;
Cesó la vehemencia de su celo;
La Historia yá no cuenta con su apoyo;
Se siente de la Prensa el clamoreo.....

Y Colombia que alegre yá fincaba
Grata esperanza en tu valor sereno
Y en tn fúlgida espada redentora,
No halla consuelo en su dolor acerbo.

¡ Oh pérdida sensible y desastrosa!
¡ Qué suceso tan triste, tan funesto!
¡ Cuánta amargura rebosa nuestra alma!
¡ Que corra el llanto y cálie nuestro acento!

Cartagena, 11 de Agosto de 1885.

MANUEL PAJARO H.

HONOR A LA MEMORIA DEL ILUSTRE GENERAL MANUEL BRICEÑO.

Ven, oh mi lira, que olvidada y triste
Colgada estabas en mi pobre estancia;

Ven, y las notas que el dolor arranque
Lleven las auras.

Ven, que es preciso tributar al genio
Del sentimiento la expresión sincera;
Mas ay! que sólo consagrarle puedo
Pálida ofrenda.

.....

Allá del Ande en la gentil pradera
Que alegre baña murmurando el Funza,
Mecióse un tiempo de BRICEÑO ilustre,
Plàcida cuna.

Viniste al mundo porque al Cielo plugo,
Sus ricos dones generoso darte,
Gloria y orgullo de la patria mía,
Genio admirable.

Pronto pasaron tus primeros años;
Pasó esa edad que vaga entre sonrisas:
Servir tu patria con amante empeño
Fué tu consigna.

Hijo dilecto de la gran Minerva,
Noble tribuno de robusto aliento,
Tu voz fué siempre con respeto oida
En los congresos.

También de Marte el poderoso numen
Llenó de fuego varonil tu alma,
Raro destello que le diera brillo,
Lustre á tu espada.

¿Quién no admiró de tu brillante pluma,
Fácil, galana, de robusta fuerza,
Ricos raudales de saber profundo,
Mucha grandeza?

Humilde siempre, vanidad ni orgullo,
Jamás albergue les bridó tu pecho;

Próvido y dulce, sin ficción que amengua
Fuiste, BRICEÑO.

Por eso en torno de tu hogar amante,
Tierno, amoroso, plácido y festivo,
Gratos instantes te brindaron fieles,
Nobles amigos.

Mas ay! vinieron agitados tiempos;
La dulce calma se tornó en borrasca;
Los malos hijos el puñal alzaron
Contra la Patria.

Grito nefando de implacable turba
Hórrido cunde y por doquier resuena,
Grito que el eco repitiendo sigue,
Grito de guerra!

Como desciende rápido el torrente
Breñas cubriendo, montes y colinas,
Del Ande altivo descendiste á darnos
Toda tu vida.

Fieles hermanos con amor te siguen;
Pronto á luchar tu espíritu se apresta;
Y te miraron con placer las ninfas
Del Magdalena.

Aquí tranquilo y valeroso aguardas;
Al enemigo ni el honor obliga;
Cruda batalla que librar quisieras,
Siempre la esquiva.

Mas ¿quién creyera que funesto el hado,
Cortara duro de tu vida el hilo,
Y que Colombia sucumbir mirara,
Hijo tan digno!

Cual se interpone pasajera nube
Quitando al astro su luciente aurora
Y luégo brilla hermoso y refulgente,
Libre de sombras:

Así la Muerte al empuñar su dardo
Término dando á tu preciosa vida,
Huye al mirar que te levantas grande,
Te inmortalizas!....

Hoy Cartagena consternada y triste,
Llora tu muerte con dolor acerbo,
Y tus reliquias venerandas guarda,
Guarda con celo.

Todo está triste en el hogar querido:
Tus tiernos hijos y tu amante esposa.
La Patria luto por tu muerte viste....
Todos te lloran!

F. DE P. ALANDETE.

Cartagena, 11 de Agosto de 1885.

(*Día de las honras fúnebres.*)

ULTIMA PALABRA MIA.

¡Qué patético fué el discurso de nuestro Dignísimo Prelado!—¡qué lucidez en los pensamientos!—¡qué tino en las palabras!—¡qué vigor en la expresión!—¡qué unción en las doctrinas!

Conserve Dios á nuestro Obispo, para honor y gloria de Cartagena.

La ovación fué digna, sentimental, completa: el corazón se enternecía, la mente se elevaba, y balbucía: "Dios mío, hazme virtuoso, para obtener en cambio una ovación igual".

El catafalco fué superior á todos los túmulos que hemos visto; y los muy hábiles caballeros que se encargaron de ejecutarlo, tienen títulos evidentes á felicitaciones encomiásticas.

Querría yo morir como murió BRICEÑO; como los hombres que se levantan por sus talentos y sus virtudes.

Querría morir como murió BRICEÑO; dejando tras sí un reguero de amargas y copiosas lágrimas; una huella de luz divi-

na; un recuerdo gratísimo, indestructible: lágrimas derramadas por la familia y por los amigos: luces diseminadas para la buena educación del pueblo; un recuerdo imperecedero por sus servicios á la Patria.

Querría morir como murió BRICEÑO; encontrando una tumba digna en el corazón de sus conciudadanos.

Es ley de la naturaleza que hayamos todos de morir; pero es muy duro conformarse con el cumplimiento de esta ley, cuando se trata de hombres precisos para hacer feliz al mundo, y libertarlo de sacudimientos contrarios á su progreso.

El General BRICEÑO ha sido contado en el número de los hombres útiles,—para su familia, para sus amigos, para sus contrarios mismos, para la Patria; pero especialmente para la Patria, que era el ídolo de su corazón.

Las furias del infierno se desencadenaron contra ésta: un movimiento inexplicable, un arrebato inconcebible, armó á los hijos contra la madre: ellos la vapulan, la ensangrientan, la despedazan, la laceran: los gritos de ella no se escuchan, sus lágrimas no se ven, sus sollozos no se perciben, sus tormentos no se comprenden: ¡todo es horror, desolación y muerte!

La Patria no está aherrojada; pero la precipitan á su ruina, la retrasan en sus destinos, la uncen con crueldad impía al carro ominoso de la miseria.

El hermano ataca al hermano: el hijo asesina al padre: ¿qué hará el amigo contra el amigo? ¿qué hará el extraño contra el extraño?

Charcas de sangre se miran por doquiera: un volcán de fuego, en erupción constante, no ocasionaría desgracias mayores, calamidades en más alta escala.

¡Qué horrible espectáculo!—¡qué demencia!

Pobre, infeliz Colombia! desventurada Patria mía!: ¿triunfará la injusticia contra el derecho?; el crimen contra la inocencia?; el furor del infierno contra la voluntad de Cristo?....

Nó, jamás, respondió BRICEÑO; todo por la paz: y se ofreció en holocausto, y se lanzó con entusiasmo al fragor de los combates; y recibió el premio de su heroísmo, en el timbre más esplendente, en la corona más envidiable: la que Dios concede á los justos que se sacrifican por los pueblos.

QUERRIA YO MORIR COMO MURIÓ BRICEÑO.

Anteo, el gigante de la fábula, recobraba sus fuerzas al tocar la tierra. Bretón, el chistoso dramatista, necesitaba ser encerrado para ser forzado á que escribiera. Muchos amigos nues-

tros, de vastísima instrucción, necesitan ser mordidos para mostrarse conmovedores.

BRICEÑO tenía en sí mismo, en su corazón y en su cerebro, el origen de sus emociones, germen de su fuerza cívica.—BRICEÑO escribía sin ser encerrado, y escribía con donaire, con galanura, con maestría,—arrebatado por la convicción de sus deberes como ciudadano.—BRICEÑO era orador, sin necesidad de ser mordido; y en el Centenario del Gran Bolívar habría sido más que elocuente, sin el desaire que irrogó á Colombia el Dictador de una nación vecina.

Firme como Catón, elocuente como Vergniaud, sensible como Lamartine, alma de fuego como la de Caro,—BRICEÑO era un ente raro, uno de esos grandes hombres regalados por la Providencia, que no vuelven á presentarse sino después de largas generaciones.

Juzgo que está leyéndome, y que se complace con mis ideas. Oigo que me dice:

"Comprendí tu despedida: me excitaste con ternura á pedir "para la Patria: yá he pedido para ella: he dicho:—Benigno "Dios, salva la República; rige sus destinos; haz que éntre de "nuevo en el carril de la civilización cristiana; haz que sus ha- "bitantes se den un ósculo de paz, sin distinción de clases socia- "les, de antecedentes, ni de partidos; sopla con potente aliento "contra la llama fratricida; que los Colombianos todos como "buenos hermanos, trabajen unidos para hacerse grandes, para "hacerse heróicos, para hacerse dignos, para hacerse admirar por "las naciones cultas, para hacerse acreedores á tu bendición y "amparo."

"Esto he pedido, y el Eterno lo ha otorgado. Y yo contem- "plo satisfecho el resultado de mi obra; porque sé que para el "bueno las recompensas son seguras; que el malo se vuelve bueno "ante los gritos de la Patria; y sobre todo, que probado está, "que la Religión cristiana es verdadera, que su Autor es infalible, "y que El nos tiene ofrecido que la justicia triunfará, y que las "puertas del infierno no prevalecerán contra su Ley."

Cartagena, 11 de Agosto de 1885.

D. H. ARAUJO.

A LA MEMORIA

DEL CIUDADANO DE VIRTUDES RARAS Y A LA DEL MILITAR DE ESPIRITU RESUELTO.

Yo soñaba que un árbol corpulento,
Que sus ramas altivas levantaba,
Con innúmeras nubes tropezaba
Llegar queriendo al mismo firmamento:

Que de la guerra el pavoroso viento
El formidable tronco amenazaba,
Y la bala mortífera pasaba
Respetando al Gigante en su ardimiento.

Que el Gigante á otro clima fué llevado,
En alas del más puro patriotismo
Y á su sombra el traidor corrió ofuscado,

Envuelto en los harapos del cinismo!
Mas vino la desgracia y ¡vano empeño!
El árbol sucumbió! murió BRICEÑO!

Cartagena, 11 de Agosto de 1885.

SIMON ALANDETE.

(*Dia del funeral del Héroe.*)

OFRENDA

para la Corona Funebre del General

MANUEL BRICEÑO.

Nacido en hogar católico, y educado en atmósfera saturada con la vivificante doctrina del Crucificado;

Con el temperamento batallador y la sublime imaginación del predestinado para Caudillo del pueblo escogido y Legislador

del Sinaí; y un corazón nutrido con la misma savia del de aquél ballado digno de recibir el patético legado: "Hé ahí á tu madre":

Algo como el Genio de un Moisés joven y el alma del Discípulo amado, fundidos en un solo molde:

Tal concebimos que fué el carácter de MANUEL BRICEÑO.

Por eso, abnegado paladín cristiano,—nó infalible, pero sí sincero,—siempre humilde, vivió siempre armado del látigo contra los mercaderes profanadores del templo de la Justicia.

Cartagena, Agosto 11 de 1885.

NARCISO MACIA.

LA LIBERTAD

al pie de la tumba del ilustre General

MANUEL BRICEÑO.

Hija predilecta del Cielo, hermana del Bién, y madre del mundo soy; es mi nombre Libertad.

Por mí y sólo por mí, descendió al mundo, y luchó, y padeció y murió el Hijo de Dios;

Por mí, y sólo por mí, vió la luz, y lidió, y sufrió, y rindió su vida con el más santo y sublime heroismo, el Genio providencial, el gran Bolívar.

Y por mí, y sólo por mí, naciste, y batallaste, y sufriste y bajaste á la tumba tú, BRICEÑO.

Me alejé de tu patria....¡ay¡ me alejé proscrita y maldecida por muchos de sus hijos....por la Injusticia, la Ambición, el Crimen....

Disoluta, infame deidad me suplantó: tu bueno y heróico corazón rechazó sus falaces y fatales atractivos, y execraba su infernal imperio.....

Llorabas inconsolable mi ausencia, y te cansabas de llamarme y yo no venía á enjugar tus lágrimas, ni daba oídos á tu amoroso vivísimo reclamo.

Entonces consagraste á mi rescate tus poderosos talentos, tu grande corazón, tu bélico genio, tu inquebrantable fé y tu asom.

brosa, constante actividad;....y en mis aras sacrificaste hogar, y reposo, y porvenir....y todo!

Y quiso Dios ¡ay! que antes de cumplirse tu anhelo, cesara tu existencia!

Por eso vengo ¡oh Héroe! á llorar sobre tu tumba;.... pero también á decirte:

Descansa en paz y alégrate, BRICEÑO....

Que ya los divinos, eternos resplandores de mis ojos, iluminan á Colombia;

Tu nombre está grabado con brillantes é indelebles caracteres en el libro de la Historia, y en el corazón de los buenos, cuyas lágrimas vivifican y fecundan los laureles y cipreces de tu tumba;

Y tu alma excelsa vive, con las de JESÚS y de BOLÍVAR, en el cielo de la Inmortalidad!

Sabanalarga, Agosto de 1885.

CECILIO ANTONIO CEPEDA.

RESOLUCION

DEL CONCEJO MUNICIPAL DEL DISTRITO

en honor a la memoria del ciudadano

General

MANUEL BRICEÑO.

"El Concejo Municipal del distrito de Barranquilla, deplora la muerte del Ciudadano General MANUEL BRICEÑO, acaecida en Calamar el 11 de Julio último, estando al servicio de la causa de la legitimidad, á la que venía prestando su importante apoyo desde que estalló la guerra que aún asuela á Colombia; y recomienda à las generaciones que se levantan el ejemplo de las condiciones morales de este ciudadano como las únicas capaces de hacer imperecedera la memoria de los hombres en el seno del hogar, en las esferas de la política y en los campos de batalla."

Un ejemplar autógrafo de esta Resolución se enviará á las señoras madre y viuda del expresado General, y se publicará en hoja suelta y en los órganos oficiales.

Barranquilla, Agosto 14 de 1884.

El Presidente del Concejo,

MAXIMO JOSE HERNANDEZ.

El Concejal Secretario ad hoc,

ANIBAL J. DE CASTRO PALACIO.

MANUEL BRICEÑO.

La vida del hombre público hace parte de la historia de su patria. Conviene, pues, recurrir á esa "Madre de la Verdad," como la llama el autor del Quijote, para apreciar con exactitud los servicios que aquel haya prestado y el estrago que su muerte cause en el seno de esta.

Muchos años hace que la República rueda precipitadamente hácia el fondo de un abismo.

Un círculo estrechísimo de hombres, ciertamente ilustrados, pero mal inspirados, se habia apoderado de sus destinos, apoyándose intencionadamente en el elemento anárquico, quien, gracias al sentimiento religioso que, á despecho de perniciosas propagandas, se conserva latente en nuestras poblaciones, no ha abusado demasiado, hasta donde hubiera podido, de la amplia autorización que para ello ha tenido.

El ejército nacional, con honrosísimas excepciones, olvidándose de su importante misión, ha servido también de instrumento para aquel desbarajuste.

Si revolución significa: "el atropello de la ley escrita," hemos vivido muchos años en plena revolución.

El zócalo que sustenta la verdadera República democrática, el sufragio popular, ha estado constantemente minado con algo peor que la dinamita; con la desmoralización, con la desvergüenza llevadas al más alto grado, y con lo que es todavía peor que esto, con la inmediata recompensa para el impudente.

El conocido aforismo de los primeros tiempos "el que escruta elige," se tornó, por efecto de ese torpedo político, en este que dejó de ser aforismo para ser axioma: "el que escruta *se elige*" ó lo que vale lo mismo: el que guarda una llave del arca triclave va adonde lo dispongan los escrutinios de que es depositario, seguro de ser bien recibido.

En presencia de tal monstruo, los hombres serios de todos los partidos huyeron de las urnas.

Esto es historia, no es pasión; y es historia á grandes rasgos sin entrar, como lo exige la naturaleza de este escrito, en detalles penosísimos.

"La República es una satrapía," dijo hace pocos años, con tánta franqueza como verdad, el doctor Aníbal Galindo; "su Presidente es un sátrapa y cada Presidente de Estado un sátrapa chiquito."

En estas circunstancias ha corrido la agitada vida de MANUEL BRICEÑO.

Desde que apareció, casi niño, en la escena pública, fué adivinado, por así decirlo, por un hombre que, alimentando sus mismas ideas políticas y colocado por su edad y por otras circunstancias en una posición que le permitía alentarlo y darle impulso, así lo hizo; y BRICEÑO correspondió y áun superó á lo que aquel y todos sus amigos podían esperar de él, porque desde entonces consagró con actividad y abnegación rarísimas, "todos sus esfuerzos, todas las palpitaciones de su corazón" (son sus palabras) al aniquilamiento de aquel insoportable orden de cosas.

En el curso de ellas, las miradas del país se tornan de repente y por un movimiento espontáneo hácia el Hombre de Estado que rige hoy sus destinos.

Pero el mezquino grupo de pequeñas eminencias andinas, opónese abierta, frenéticamente al querer de la Nación, y surge de ahí una lucha corta; pero cruenta (1875); y ésta origina otra más cruda y más terrible, como la apertura de un volcán origina el terremoto.

Es en esta emergencia cuando BRICEÑO se da á conocer bajo todas sus faces. Militar activo y entendido, empuña la espada con la misma habilidad y energía con que maneja la elocuente palabra y la correcta pluma, y sale General de donde entra subalterno. Toma incontinenti el buril del historiador, sin abandonar la bien tajada péñola del periodista y graba valientemente en "la émula de los tiempos" los motivos que obligaron

á la enorme masa de ciudadanos laboriosos y pacíficos que constituyen la comunión política esencial y doctrinariamente antagonista de la Revolución, á lanzarse por ese funesto camino.

Aniquilada la revolución y durante ella, el bando contrario aprovecha vehementemente la ocasión para echar por el atajo de los atropellos y las violencias; y Cali, y todas las poblaciones del Estado de Antioquia; y; ay! Cartagena también, son víctimas del insano furor de los vencedores y de la impunidad garantida por la Constitución nacional.

Y es entonces cuando de los salones del Congreso sale, como un grito de elocuentísima protesta, el preciso dilema que sintetiza la situación del país por lüengos años, dilema que repercutido por los ecos de los Andes, atraviesa montañas, recorre valles y llanuras, cruza las tranquilas aguas del Pacífico y las tormentosas olas del Atlántico, y lleva al corazón de los buenos colombianos, aquende y allende los apartados mares, la esperanza de tiempos de Equidad y de Justicia para esta Patria fundada con los esfuerzos y la sangre de sus progenitores.

Reacio, muy reacio anduvo BRICEÑO para acoger con el entusiasmo con que fué acogido por sus copartidarios el aludido dilema: pensó que la idea que él encarnaba había sido manifestada de distinto modo, pero en mil anteriores ocasiones, por los mismos que habían conducido al país al doloroso extremo en que se hallaba; y joven, apasionado, vehementísimo como lo era entonces, no conociendo término medio, lanzóse con audacia, pero de buena fe en atrevida, temeraria oposición.....

¡Digna de sus fuerzas era la lucha que emprendía!

La reflexión concienzuda y el amor á la patria, sentimiento superior al amor propio y á todos los amores en el Hombre superior, operaron repentinamente en BRICEÑO un cambio concordante con la uniforme opinión de sus compañeros y amigos de siempre; y ¡aquí sí que se ostenta grande BRICEÑO! Preséntase ante el país, sin altanería pero sin humillación, diciendo: "Anduve errado: no sólo la disciplina, indispensable en toda colectividad política, sino la convicción sincera me traen otra vez entre vosotros"; y BRICEÑO, según la expresión de Añez, "formó con la causa nacional porque la creyó buena y la defendió con ardor porque era valiente."

Desencadenada la tormenta, cuyos últimos relámpagos iluminan siniestramente todavía el horizonte de la Patria, fué uno

de los primeros en ofrecer sus servicios, su merecida influencia en el país y sus vastos conocimientos militares, al Gobierno constituido quien, conociendo la importancia de ellos, se apresuró á aceptarlos. Y la campaña, nueva en los anales de nuestras guerras civiles, de Cundinamarca, Tolima, Antioquia y Bolívar, hecha en menos de cuatro meses de constante lucha con nuestra virgen naturaleza, y coronada con éxito inaudito, demuestra vigorosamente el tino del Gobierno y la inteligencia, el patriotismo, el mérito de los Jefes, oficiales y tropa que la han hecho. Desgraciadamente su término obligado tendrá lugar en las insalubres márgenes del Magdalena, donde se está cumpliendo la historia de siempre. ¡Dos mil hijos de la cordillera perecieron en poco tiempo en ellas, en 1815, por legarnos patria independiente! ¿Será menester tamaño sacrificio en 1885 para fundar la República del mártir del Gólgota y del mártir de la Gran Colombia?....

Hace hoy un mes que rodeado BRICEÑO de muchos de sus leales camaradas, hubo de preguntarle uno de ellos—¿"Qué tienes Manuel, qué sientes?"—"*Tengo moridera,*" contestó con profunda filosofía cristiana. Respuesta semejante á las palabras del eminente Juan Quincy Adams, expresidente de los Estados Unidos de América y presidente del Congreso, cuando al caer sobre la brecha, herido de muerte natural, exclamó: "llegó ya mi última hora, estoy contento"—Al despuntar la aurora del día posterior al en que aquellas yá célebres palabras fueron pronunciadas, BRICEÑO, MANUEL BRICEÑO, el periodista, el historiador, el General de División, el mejor de los padres de familia y uno de los mejores hijos de la Patria, exhalaba el último aliento en Calamar, al frente de enemigos que le respetaban y rodeado de amigos que le amaban entrañablemente.....

Por uno de esos misterios de que tan admirablemente trata "el gran poeta católico," como llama Fernán Caballero á Chateaubriand, yá en esta plaza se habia anunciado con pasmosa anticipación, el inmenso desastre; de manera que, al amanecer del 12 de Julio y presentarse en nuestra extensísima bahía un buque de Vapor, lleno de banderas á media asta, todo el que lo vió, dijo:—"¡Murió BRICEÑO"! y la dolorosa nueva recorrió los ámbitos de la ciudad con la rapidez de la chispa eléctrica.

No sería fácil describir las impresiones que la terrible noticia llevó al corazón de sus moradores; pero al saberse que fué el mismo BRICEÑO quien manifestó el deseo de que su cadáver fuese sepultado al pié de nuestros famosos muros, al arrullo de

nuestro mar Caribe, la población en masa se apresuró á acompañar el cadáver á la última morada, en testimonio de gratitud, á pesar del sol canicular, sufocante, abrasador.....

Hay que tomar aliento para resolverse á penetrar en el recinto privado de MANUEL BRICEÑO; y no es posible, sin embargo, dejar de hacerlo, porque es allí donde se encuentra la verdadera respetabilidad del individuo. El talento, la hermosura, el valor, hasta la riqueza, son dones que recibe el hombre inconscientemente de la próvida mano de su Creador: cualidades muy apreciables, ciertamente; mas nó, en manera alguna, comparables con las que conquista la severa práctica de la virtud; y en este particular, nadie llevaba ventaja á BRICEÑO.

Padre modelo, esposo excelente, hijo amantísimo, cristiano fervoroso, su hogar—que parece un colegio por la numerosa familia que lo colma—queda huérfano. ¡Fáltale el sustentáculo principal, la fuerza motriz de acero que le daba impulso, el árbol que le daba sombra, el hombre que le daba nombre!.....

¡Oh, BRICEÑO! Colombia ha hecho con tu muerte una pérdida que difícilmente verá reemplazada; pero tu familia.... ¡ah! Aterra la comparación entre la salida del Ejército de la capital, contigo á la cabeza, el contento de tu noble madre,-señora que debe ser del tipo de las antiguas matronas romanas,-el de tu amante esposa, cuyo semblante irradiaría esta sola expresión: "ese que veis ahí es mi marido: envidiadme, mujeres; respetadme, hombres;" el de tus hijitos y sobrinos y primos anhelantes por ser mozos para hacerte compañía; con el regreso de ese noble ejército sin tí, sin tántos valientes que habrán sucumbido al rigor de la naturaleza más que al de las balas enemigas. ¡Cuánta satisfacción ayer, cuánta desolación mañana!.....

Esperemos, sin embargo, que la Patria, en cuyo servicio has sucumbido, no será ingrata con tu memoria y hará su deber; mas si así no fuere, tus numerosos amigos, conseguirán en tu muerte lo que nunca consentiste, á pesar de ser muy pobre, que hicieran mientras alentaste. En este caso, tus huesos, ¡hombre orgulloso! crujirán en el sepulcro.

MANUEL POSADA.

Cartagena, 10 de Agosto de 1885.

TELEGRAMAS.

Cartagena, 12 de Julio de 1885.

General Reyes y Doctor Vélez.

Calamar.

Hoy á las 7 à. m. nos sorprendió fatal noticia muerte BRICEÑO. Gran consternación por ella. Entierro digno del Héroe. Cumplida comisión de Uds. en dos horas. Cartagena corresponderá bien al cariño del grande hombre, cuya muerte es muy llorada. Señoras y señoritas de la buena sociedad han inundado de flores féretro y sepulcro de nuestro amigo. Clero ha sido agradecido con el defensor de su doctrina. Cadáver depositado en monumento de mármol. Fué disputado. Se preparan espléndidos funerales.

BARTOLOME MARTINEZ BOSSIO. SIMON J. VELEZ.

Calamar, 14 de Julio de 1885

Señores Martínez Bossio y Simón J. Vélez.

Cartagena.

El sentido telegrama de Uds., de 12 del presente, ha causado viva impresión, y ha merecido la distinción de ser insertrdo en la orden general de hoy, de la 2.ª División, que mandaba el benemérito General BRICEÑO. Doy á Uds. expresivas gracias.

JOAQUIN F. VELEZ.

Bogotá, 23 de Julio de 1885.

Señores Miguel Guerrero y Jaime Córdoba, Cali; *Jaime Otero*, Buenaventura; *Joaquín F. Vélez y Juan V. Aycardi*, Cartagena; *J. C. de Obaldía y Manuel Amador G.*, Panamá; *Juan B. Cevallos*, Santamarta.

El Directorio ha expedido un Acuerdo que honra la memo-

ria del malogrado General BRICEÑO, muerto en Calamar de fiebre, el día 11, y ha abierto una suscripción para recoger una suma considerable con el objeto de aliviar en algo la suerte de la más numerosa y una de las más virtuosas familias de Bogotà, que es la del amigo que lloramos. Todo colombiano sabe que BRICEÑO fué uno de los más leales, inteligente, eficaz, decidido y desinteresado servidor de la causa que hoy defendemos, por la cual se sacrificó con abnegación envidiable. Cuando él abandonó importantísimos y lucrativos puestos en esta capital, para exponer su preciosa vida en una campaña, preñada de dificultades y peligros, pensó en que si sucumbía, sus amigos no olvidarían la situación en que quedaba su familia, y seríamos nosotros en extremo ingratos y áun criminales si no viésemos por ella. Por eso el Directorio espera que ustedes y los amigos de influencia, harán un esfuerzo y servicio para colectar entre todos los partidarios de la regeneración una suma considerable de dinero. Esta suscripción debe ser lo más general que se pueda y admitirse mandas de un centavo. El correo les llevarà más instrucciones, y el número 385 de *El Comercio* les dará idea exacta de lo que es esta ofrenda. El Directorio aguarda de ustedes grande interés y actividad, y que vayan enviando lo que se colecte.

RUFINO GUTIÉRREZ

ADICIÓN.—Ustedes nombrarán colectores en todos los distritos de ese Estado. Donde no haya oficina telegráfica, enviarán ésta por correo, y por la misma vía las de la Costa.

GUTIERREZ.

Auténtico.

Abraham Losada.

Cartagena, 11 de Agosto de 1885.

General Reyes y doctor Vélez.—Calamar.—*General Mateus y doctor Vélez R.*—Barranquilla.

Funerales de BRICEÑO como se esperaban: espléndidos. Túmulo y todo magnífico. Nunca visto aquí. Hace honor á Cartagena, que se ha colocado á la altura de su gloria, honrando la memoria de uno de los patriotas colombianos que más se preocupaban de su porvenir político-social. Concurrencia escogidí-

sima, colmaba el Templo. Su Señoría pronunció famosa oración fúnebre, con tino y elocuencia. Ejército, Gobierno y Ejecutivo nacional, dignamente representados por Coronel Villa, doctor Cuenaga y doctor Fonseca. Partido nacional ha cumplido su deber. Bello sexo espléndido, á la altura de su misión. Más de cien lindas coronas de gran valor, colocadas al pié del Túmulo, como ofrenda de gratitud y admiración. Los cartageneros nos sentimos orgullosos por haber correspondido dignamente á la última voluntad del grande hombre, sobre cuya tumba nunca dejaremos de llorar. Comuniquen al General Arboleda y su valiente División, cuya ausencia hemos lamentado, así como la de ustedes.

BARTOLOME MARTINEZ BOSSIO SIMON J. VELEZ.

Barranquilla, 14 de Agosto de 1885.

Señores Martínez Bossio y S. J. Vélez.

Por su telegrama del once me he impuesto de que esa heroica ciudad hizo funerales espléndidos á la memoria del General BRICEÑO, compañero de campañas al servicio de la causa santa de la Regeneración del país sobre el principio de la Libertad en la Justicia. Tuve ocasión bastante de conocer patriotismo y relevantes condiciones, y puedo por tanto apreciar toda la magnitud de su irreparable pérdida. Que tan alto y generoso ejemplo sea imitado por todos los buenos ciudadanos, por todos aquellos que en el alma conservan el sentimiento de admiración por la virtud y grandeza de los hombres que saben sacrificarse por la Patria.

Respetuoso servidor de Uds,

JUAN N. MATEUS.

Auténtico.

Benito Falcón.

Barranquilla, 14 de Agosto de 1885.

Señores Martínez Bossio y Simón J. Vélez.

Gobierno del Estado se congratula con habitantes de esa ciudad y con ustedes en particular por magnificencia y sentimientos

demostrados en los funerales del General BRICEÑO. Manifestaciones de esta clase son de alta justicia y estímulo poderoso al mismo tiempo. El reconocimiento de los méritos y tributos de admiración á la memoria de los grandes hombres son timbres de honor para los pueblos. Cartagena se ha mostrado digna de guardar en su seno las cenizas del ilustre muerto; y la triste ceremonia, cuyos detalles han trasmitido ustedes por telégrafo, encontrará eco sonántico en toda la República.

PEDRO VELEZ R.

Auténtico.

Benito Falcón.

FIN.